



EN SEGURIDAD NACIONAL: ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA AL CENTRO

Fernando Jiménez Sánchez

El campo de las distintas dimensiones de la seguridad atraviesa niveles de convulsión elevados. No ha transcurrido siquiera el primer mes del año y los escenarios ya se configuran como complejos, con violencia persistente, insatisfacción social y deterioro del orden internacional. Las presiones geopolíticas en curso han colocado nuevamente al sistema internacional en una alerta permanente que, todo indica, se sostendrá durante 2026.

En este contexto, Estados Unidos de América (EE.UU.) se ha consolidado como el actor central de enero. Bajo la agenda Make America Great Again (MAGA), la administración de Donald Trump ha profundizado una estrategia de disruptión simultánea en el continente americano, Europa y Asia. Desde la captura de Nicolás Maduro a inicios de año, hasta el uso de fuerza letal por agentes de ICE en Minneapolis, Washington ha impuesto el ritmo de la agenda de seguridad global, colocando a Trump como el actor más influyente y polarizante del arranque de 2026.

La detención de Maduro confirmó la reactivación de una agenda de carácter abiertamente expansionista en el hemisferio occidental, dirigida contra gobiernos identificados como adversarios ideológicos y estratégicos. Esta agenda rebasa la presión diplomática o económica e incorpora la acción directa, incluido el empleo de capacidades militares de defensa, con el objetivo de contener, revertir o desarticular regímenes percibidos como contrarios a los intereses estadounidenses.

Esta lógica no se limita a América Latina. La negociación en torno a Groenlandia, planteada por Washington como un asunto de seguridad estratégica y acceso a recursos críticos, reveló una concepción ampliada de la proyección de poder estadounidense en el Atlántico Norte y el Ártico. Junto con las tensiones emergentes con Canadá en materia de defensa continental, seguridad fronteriza y alineamiento estratégico, estos movimientos han generado fricciones con socios históricos y han puesto bajo presión los equilibrios tradicionales de la Unión Europea y la OTAN. La estrategia de los EE.UU es clara al definir la seguridad nacional como un interés prioritario y no negociable, aun a costa de los intereses de los aliados.



No obstante, esta estrategia también exhibe límites operativos. El impulso inicial para una acción directa contra Irán, pese a un saldo de decenas de miles de muertos, se ha atenuado. Aun con su centralidad energética y geoestratégica, clave para aliados como Israel y Catar, el cálculo de costos, escalamiento y consecuencias globales ha contenido, por ahora, una intervención más abierta; de manera similar, la negociación en torno a Groenlandia, encauzada hacia un acuerdo político-estratégico y no a una acción coercitiva directa, refleja los límites de la proyección estadounidense cuando los costos diplomáticos y alianzas críticas entran en juego.

En este contexto, México se encuentra en una posición de vulnerabilidad estructural derivada de la asimetría en su relación con EE.UU. La principal amenaza para México, la criminalidad organizada, ha escalado en 2026 a la categoría de asunto de seguridad nacional para EE.UU, lo que ha incrementado la presión para alineamientos operativos que no siempre son compatibles con las capacidades institucionales ni con los intereses estratégicos mexicanos. La ausencia de una visión bilateral compartida ha reducido de manera sostenida los márgenes de maniobra del Estado mexicano.

La relación México–EE.UU atraviesa así una fase de tensión estructural, marcada por un giro estadounidense más coercitivo y unilateral. México es presionado a asumir responsabilidades, control migratorio, combate a mercados ilícitos, contención territorial, sin corresponsabilidad equivalente ni fortalecimiento institucional. Esta asimetría convierte la relación en un riesgo político y operativo, donde prevalece la lógica de los hechos consumados.

Las amenazas en la relación bilateral trascienden el crimen organizado transnacional y se extienden a la securitización de la migración, la militarización de la frontera, el uso extraterritorial de la fuerza y la criminalización de actores no violentos. Bajo esta lógica, el territorio mexicano corre el riesgo de ser tra-

Recomendación estratégica

El gobierno mexicano podría construir una estrategia proactiva que le permita contener y reencuadrar las presiones provenientes de EE.UU, obligando a una definición clara del papel que México juega y jugará en la seguridad nacional de su vecino. De manera paralela, será necesario recalibrar sus posicionamientos políticos e internacionales, particularmente los apoyos a gobiernos y movimientos de izquierda revolucionaria latinoamericana abiertamente antiestadounidense, que le incrementan los costos diplomáticos y reducen los márgenes de negociación en materia de seguridad.



tado como un espacio funcional de la seguridad estadounidense, en el que se externalizan riesgos, se despliegan capacidades y se priorizan objetivos definidos en Washington. Esta concepción incrementa la probabilidad de acciones unilaterales y de fricciones bilaterales con altos costos internos para México.

La combinación de presiones externas, asimetrías persistentes y fragilidades internas ha transformado la relación en un vínculo donde ambos países comienzan a percibirse como fuentes de riesgo para la seguridad nacional del otro. Para Washington, México representa vulnerabilidades asociadas a crimen, migración y porosidad institucional; para México, EE.UU se ha convertido en un factor de incertidumbre estratégica por la posibilidad de acciones unilaterales y la subordinación de la agenda bilateral a prioridades domésticas.

Ante la carencia de una visión compartida y mecanismos efectivos de corresponsabilidad, la relación corre el riesgo de consolidarse no como un activo estratégico, sino como un foco permanente de tensión e inseguridad mutua en 2026. En conjunto, los hechos de enero confirman un entorno internacional marcado por la normalización del uso de la fuerza, la erosión del multilateralismo y la centralidad de agendas nacionales maximalistas, delineando un 2026 de incertidumbre, confrontación y redefinición del orden de seguridad global.

Último momento

La presentación pública de Ryan Wedding ha puesto en alerta al sistema de seguridad mexicano. Más allá de las incongruencias en torno a la entrega-detención, el caso confirma que las agencias estadounidenses operan en territorio mexicano con un alcance mayor al reconocido oficialmente por el gobierno federal. Asimismo, evidencia que existen actores no violentos, financieros, logísticos y facilitadores, que resultan esenciales para el funcionamiento de los mercados ilícitos y que han sido históricamente subatendidos por la estrategia mexicana, centrada en la violencia directa. Ambos elementos tienen el potencial de modificar el paradigma de autonomía y reactividad que caracteriza la política de seguridad del país.

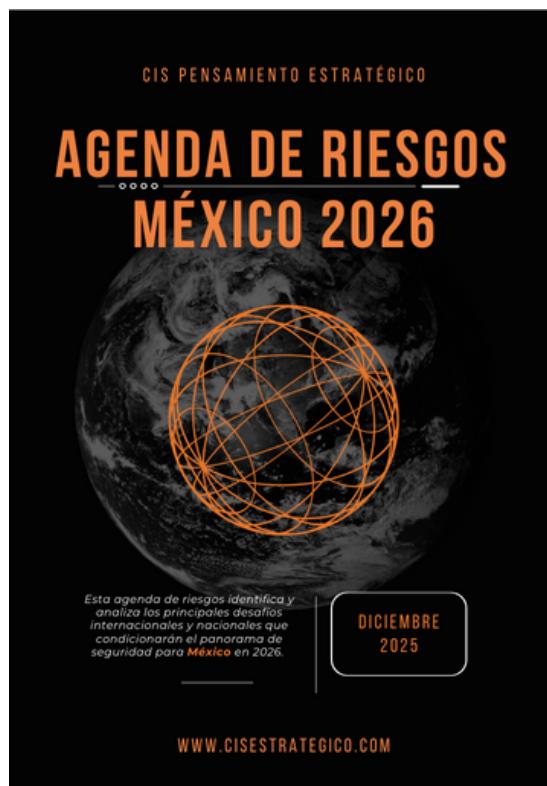
Escucha **Informe Estratégico** en  Spotify®



Fernando Jiménez Sánchez

Es colaborador del CIS Pensamiento Estratégico; investigador SECIHTI-El Colegio de Jalisco; investigador visitante en el Center for U.S.-Mexican Studies de la Universidad de California en San Diego; coordinador del Grupo de Trabajo Interinstitucional de Seguridad Metropolitana, GTISM, de El Colegio de Jalisco; Consejero Ciudadano del Consejo Ciudadano de Seguridad de Jalisco; miembro del SNII-1 y del Seminario Universitario de Estudios sobre Democracia, Defensa, Dimensiones de la Seguridad e Inteligencia de la UNAM. Comentarista del Podcast Informe Estratégico y Doctor por la Universidad Carlos III de Madrid, Maestro por la Universidad Rey Juan Carlos y Polítólogo por la UNAM.

Síguelo en [@fjimsan](https://twitter.com/fjimsan)



CIS PENSAMIENTO ESTRATÉGICO AUTORIZA LA DISTRIBUCIÓN Y/O DIFUSIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE DOCUMENTO. AGRADECemos RESPETAR LOS CRÉDITOS A LA EMPRESA, LOS AUTORES Y COAUTORES.